

DESCUBRIMIENTO E IDENTIDAD LATINOAMERICANA EN LEOPOLDO ZEA

Clara A. Jalif de Bertranou

El trabajo que comentamos, **Descubrimiento e identidad latinoamericana** *, está estructurado en diez capítulos elaborados en diversas fechas entre 1986 y 1990. Un dato significativo es que han sido presentados en Europa y en América, pero siempre con un interés convergente: nuestra propia América, 500 años después.

Cuando España y Portugal se hicieron a la mar para intentar hallar las tierras del Gran Khan no imaginaron lo que hallarían. Más que un mundo descubierto, se trató de culturas encubiertas por prejuicios de diverso tenor al trasladar a ellas la concepción del mundo conquistador. Más la palabra encubrimiento no es para D. Leopoldo un calificativo que empequeñezca la hazaña que hizo posible el encuentro, pues a su vez, los descubiertos encubrirán a sus descubridores al creerlos dioses. Se trata así de un ocul-

* Leopoldo ZEA. *Descubrimiento e Identidad latinoamericana*. Serie 500 años después. México, UNAM, 155p. Presentación efectuada con motivo de la visita del autor. Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, Universidad Nacional de Cuyo, 30 de noviembre de 1990

tamiento de doble vía. Producido el encuentro, se dio el mestizaje de sangres pero no de culturas, pues al estimarlas a éstas vergonzosas se yuxtapuso la cultura del invasor. De este modo, se encubrió lo que resultaba extraño, diferente y no se podía comprender, aunque debajo seguirían latentes las fuerzas culturales, buscando diversas formas liberadoras. Europa mostraba el carácter dominante y excluyente de su cultura que alcanzará expresión filosófica en la concepción de la historia expuesta por Hegel. Alejandro, César y Napoleón fueron sus exponentes máximos.

Después de la emancipación americana se dará durante el siglo XIX la búsqueda de modelos de identidad sustitutos doblemente, del pasado colonial y del pasado nativo. Hallamos así, nos dice Zea, "sobre la gruesa capa del encubrimiento impuesto por la dominación ibero otro encubrimiento", el de los modelos extraños a las propias experiencias. El abandono del rudo paternalismo ibero implicará la aceptación de otros paternalismos que el futuro mostrará no menos crueles. Una realidad que ahora es preciso deslindar y clarificar con la misma participación ibero porque Iberia es parte ineludible de nuestra identidad. En este sentido, 1992 puede ser el año del verdadero descubrimiento que señale, nos dice Zea, el paso de la relación materno-paternal, evidente en la expresión Madre Patria, a una relación Hermana Patria.

Europa no fue ajena tampoco a su propio encubrimiento al prolongarse en América e intentar vencer la herejía que en ella cundía. Más también hizo de esta región desconocida la encarnación de una utopía. Tomás Moro, Bacon y otros crearán la utopía de lo que en Europa no había tenido lugar.

El carácter excluyente de la cultura europea tiene su par opuesto en el pensamiento de Simón Bolívar, cuyo fin

era la emancipación del espíritu por su libertad. En el patriota venezolano lo que da sentido al hombre y su historia, nos dice Leopoldo Zea, no se expresa como expansión dominadora sino como libertad frente a la dominación sufrida. Hace de la palabra cultura, cultivo, cultivar, la liberación de los obstáculos que impiden a los hombres y los pueblos realizar sus proyectos.

En su Carta de Jamaica el mismo Bolívar conoció, descubrió y sufrió las expresiones de la identidad que se ha autodenominado latina y que se exterioriza en la singular conformación de su origen.

Por su parte, advierte nuestro autor, Thomas Jefferson, lejos de mostrar preocupación por la sociedad que se había formado en Norteamérica, la estimará con arrogancia "un país elegido", ajeno a los conflictos de las tierras de las que son originarios. En su insularidad, habrán de sentirse seguros y más allá de sus fronteras verán pueblos ricos asimilables a su propio haber, rechazando toda mezcla étnica.

Encuentra el Dr. Zea que ambas Américas son conscientes de su peculiaridad, pero mientras una se afirma aún hoy en su insularidad, Nuestra América hace de esa singularidad el punto de inicio para una nación de naciones, aquello que José Vasconcelos llamó "raza cósmica", surgida de una cultura de culturas.

Roma, la cultura latina, fue el antecedente de esta visión cósmica integradora, que en lugar de excluir, incluyó. Asimiló las civilizaciones que encontraba a su paso e hizo de esa asimilación su fuerza. El Sacro Imperio Romano, a diferencia del romano, observa D. Leopoldo, formado por bárbaros cristianizados, hizo de la exclusión, la fuerza de su dominio y la trasladó a América.

Por esa razón en los comienzos del siglo XX el mismo Vasconcelos, Alfonso Reyes, Antonio Caso, Manuel González Prada, César Zumeta, Manuel Ugarte, Pedro Henríquez Ureña y tantos más, recuperarán el concepto de latinidad que suma razas y culturas sin atomizarlas. Estos hombres buscan oponerse a la identidad que la "nordomanía" intentó imponer, pues ante la cultura del Norte se ha pasado de la admiración a la imitación y de la imitación a la subordinación. Rota la subordinación a España se ha ido aceptando, libremente nos dice D. Leopoldo, aunque esto me parece discutible, una nueva subordinación. De aquí pues que deslatinizarse signifique subordinación al modelo nórdico sajón, mientras que la latinidad cultiva las afinidades y trata de comprender las diferencias.

La Constitución de EEUU tiene raíces en la misma historia de Gran Bretaña, un orden distinto del que había vivido incluso España. En el Discurso de Angostura (febrero de 1819) Bolívar lo advertía recordando a Montesquieu y con respecto a EEUU agregará que nunca le habían interesado las luchas de la América Meridional por su independencia y hasta le parecía que el posible interés del Norte sería un perjuicio más que un beneficio. Una opinión coincidente con la que habría manifestado el patriota mexicano Fray Servando Teresa de Mier (1763-1827) por la misma época.

Los EEUU desde los días de Washington y Jefferson han mantenido su insularidad. Por ello está rodeada de grandes muros de contención para garantizar su seguridad en nombre de la democracia y la libertad. El tiempo, nos dice Leopoldo Zea, mostraría que la idea de una panamericanismo resultaría en la creación de la Unión Panamericana y la OEA, más fiel a los intereses de EEUU

que a la de los propios países miembros. Con ello se olvida que contraria a la democracia es la pretensión de imponer criterios ajenos a la voluntad del pueblo que la origina y que no se debe ni se puede juzgar o condenar a un pueblo porque las expresiones de su voluntad con coincidan con las expresiones de la voluntad de otros.

Frente a la liberación de EEUU, limitada a su región, en América Latina, por su formación mestiza, racial y cultural, la liberación ha adquirido un sentido ecuménico abierto a la liberación de otros pueblos. La concepción amplia, plural, de libertad y de democracia, tiene su origen en la formación de los hombres iberoamericanos. Este espíritu liberador de América Latina se extenderá durante el siglo XX al resto de los pueblos de Asia y Africa.

Los problemas de identidad surgen del sentimiento de frustración ante lo que se considera impuesto. Nos recuerda Leopoldo Zea que Alfonso Reyes, al referirse a Nuestra América enumeraba con cierto humor negro la serie de fatalidades que sobre nosotros habíamos creído caer: 1. La de ser humanos; 2. La de haber llegado tarde a un viejo mundo; 3. Sobre la desgracia de ser humano y moderno, la de ser americano; 4. Americanos de formación latina; 5. La de ser dentro del orbe latino parte del orbe hispano; 6. Para peor y ya no conforme con nuestra ascendencia hispana, ser hispano-americanos; 7. Agregada a las otras fatalidades, "el haber nacido en la zona cargada de indio". Para los mexicanos se agregaría una 8., el haber nacido al lado de EEUU.

Hoy la pregunta por la identidad le resulta a D. Leopoldo anacrónica. El interrogante ha partido del cuestionamiento a que ha sido sometida esta región por quienes vieron en ella un simple instrumento de su propia y exclusiva identidad. Esto significa suponer que existen

hombres más hombres que otros y culturas más auténticas que otras.

Dice el Dr. Zea, "Identidad, querámoslo o no, la tenemos, como el cuerpo tiene su sombra. El problema está en la capacidad para reconocer lo propio y aceptarlo y no pretender ser otro distinto del que se es. Nuestra humanidad, como nuestra cultura, son la expresión de un ente que lejos de ser excluyente, asimila, suma, mestiza. Somos todo aquello que se plateaba como opción a nuestro libertadores y civilizadores". Continúa diciendo: "Nuestra identidad no es algo por realizar, sino simplemente algo cuya existencia debemos reconocer y aceptar frente a todos los prejuicios. ¿Hispanoamérica? ¿Ibeoamérica? ¿Latinoamérica? Simplemente, como diría José Martí, Nuestra América. Y en ésta lo que debe afirmarse es el tipo de humanidad que la caracteriza, capacitada para asimilar las diversas expresiones que de lo humano aquí se han dado dolorosa cita". A esto llama D. Leopoldo "nuestra cultura asuntiva" y a partir de ella buscar una relación de solidaridad que haga posible la colaboración de iguales entre iguales. Esto es, relaciones horizontales de solidaridad a partir de la ineludible diferencia.

Qué hacer con estos 500 años después se pregunta el autor. "No se tiene que insistir en lo que ya fue y que por serlo no puede ya ser de otra manera, sino en lo que se ha llegado a ser y a partir de lo cual se puede ser de otra manera". Punto de partida, posibilidad, para una libertad que no se haga depender del dominio de unos hombres sobre otros, una democracia que sea expresión de las ineludibles libertades. Hombres y pueblos en una relación de hermandad, iguales pero diversos.

El V Centenario del 12 de octubre de 1492 está cerca. Inicio de la modernidad y fecha clave para el mundo oc-

cidental, con ella se inicia la expansión, conquista y colonización de Europa sobre el resto de la tierra.

La fecha que hace cien años fue celebrada alegremente, hoy ha planteado la pregunta de si los inicios de una dominación son festejables. Tal fecha vista como el inicio del descubrimiento de América, es un hecho doloroso que plantea a D. Leopoldo la propuesta de que deberá ser festejada como el inicio del verdadero descubrimiento de ahora en más en el esfuerzo por comprender lo que históricamente representa y ha representado para los pueblos que sintieron su impacto y la respuesta que han dado al mismo.

La denominación de V Centenario del Descubrimiento de América, de cuño eurocentrista, válida para quienes desde su propia historia y trascendiendo su geografía, se encontraron con algo que les era desconocido, no es válida para aquellos que fueron objeto de descubrimiento. Es así que la UNESCO como las Naciones Unidas han preferido la denominación de encuentro de culturas.

No es fecha para festejar ni repudiar, dice el Dr. Zea, sino para reflexionar sobre lo que a lo largo de cinco siglos se ha originado en esta región y lo que ha significado para la misma Europa. Es así como 1992 puede ser la fecha del auténtico descubrimiento de un mundo peculiar, formado por etnias y culturas diversas pero no encontradas.

Bien se advierte que el Dr. Zea se coloca en la posición de defensa de la integridad cultural de todo pueblo. Hay en él una filosofía enraizada en la historia, más no en la de una simple temporalidad ascéptica, sino en la historia de las vicisitudes y luchas por emerger como iguales y libres.

Si la historiografía se ha movido en la dimensión justificadora de los vencedores, él se coloca desde el nosotros

del conquistado para indagar la otra historia, la que no ha sido puesta a luz. Está convencido de que sólo partiendo de nuestra única experiencia histórica, la de la dependencia, podremos superarla y no repetirla. El primer paso para superarla es conocerla. De modo pues que la historia del pensamiento no queda limitada a una función de conocimiento, que por cierto es muy valiosa, sino que también tiene una función que excede el campo teórico para cumplir una función social.

Cuando D. Leopoldo aborda el tema del descubrimiento de América y resemantiza la cuestión como tarea que él mismo ha emprendido, lo hace desde el principio de que el saber histórico no debe verse envuelto en actitudes apologéticas. Por otra parte, el conocimiento de nuestro pasado es uno de los modos más eficaces de nuestra consolidación como pueblos con raíces y derroteros comunes. Es decir como cohesión de los procesos de identidad. Esta última no es entonces una supraentidad dada de una vez y para siempre, sino que se desarrolla en el propio devenir de la historia y de allí su carácter abierto.

Todo maestro, sin perjuicio de su valor sustantivo, ha bebido generalmente en las fuentes de otros maestros. Este es el papel que les cabe a José Gaos y Samuel Ramos en la trayectoria intelectual de D. Leopoldo. Es decir que su tarea de filósofo se sitúa en el enclave fundador de la historia del pensamiento latinoamericano bajo un instrumental conceptual y metodológico nuevos.

Rápido será el salto que Leopoldo Zea experimentará en el paso de la Historia de las Ideas mexicanas a las del continente. El filósofo uruguayo Arturo Aldao ha señalado que la temprana obra de D. Leopoldo titulada **El pensamiento latinoamericano** renovó la historiografía del pensamiento latinoamericano por el dilatado rastreo de fuentes,

a la vez que por el recurso a la dialéctica de las ideas como instrumento para la comprensión del hombre y la cultura de nuestra América. Ha sumado a esto el diálogo y el intercambio de ideas, con lo cual lo hasta entonces disperso se convirtió en definitivamente orgánico para adquirir expresión institucional en el Comité de Historia de las Ideas de América (1948) que presidió el mismo Dr. Zea.

A los datos históricos en sentido estricto ha agregado el comprender elementos teóricos. La perspectiva pro-latinoamericana ha alcanzado a través de sus escritos, una dimensión que se ha proyectado sostenida y vigorosamente hasta nuestros días en el fermento intelectual de tantos estudiosos.

Como puede colegirse, el punto de partida teórico y metodológico de nuestro filósofo lo hallamos reiteradamente en sus diversos escritos. Me refiero al 'proyecto asuntivo' que ha definido como la tarea de asumir nuestra propia realidad, nuestras propias e inevitables experiencias y nuestra historia. Es por el conocimiento que habremos de superar las limitaciones del presente y del pasado. Mas esas limitaciones del pasado refieren no sólo a los dominados sino también a los dominadores en sus múltiples variaciones. D. Leopoldo habla del proyecto asuntivo desde un presente y un hontanar de futuro que incluye la ruptura de la dominación extensiva a todos los seres humanos. De aquí pues la universalidad de su proyecto. Se trata de la liberación de todos los hombres más allá de espacios geográficos limitantes y de coloraciones étnicas recortadas, porque está en juego la condición humana.